

## UNA EMIGRACIÓN CON VALORES: EL APORTE DE LA FE

MIGUEL ANXO PENA GONZÁLEZ,  
*Facultad de Teología de la UPSA*

Somos conscientes que, de entrada, este tipo de afirmación no será aceptada por un sector amplio de nuestra sociedad, que sigue viviendo de posturas ilustradas, considerando que la fe es un reducto de otras épocas, que no sirve para otra cosa que complicar la vida de las personas y de los pueblos. En el mejor de los casos, se considera como un medio más al servicio de un tipo de comportamiento social o de política concreta. Muy al contrario, nosotros creemos que la fe es un elemento de cohesión social, que permite a los individuos relacionarse y ampliar sus posibilidades, al mismo tiempo que los impregna de una capacidad ética, capaz de ayudarles a superar barreras, al tiempo que les permite abrirse al futuro de una manera diferente.

Nuestro intento es claramente teórico, es una pretensión de diálogo y reflexión, asumiendo que el tema es de una profunda complejidad y, por lo mismo, es necesario abrir cauces de encuentro y de reflexión que nos permitan a todos ser conscientes de las necesidades y de la misma actitud que hemos de asumir.

Por otra parte, el tema parece de máxima actualidad, puesto que aquellos que llegan a nuestro entorno, ya sea fundamentalmente desde Hispanoamérica, de la Europa del Este, de África o de Asia, son pueblos con una profunda religiosidad, lo que ha de ser tenido en cuenta, a la hora de recibirlos y de integrarlos en nuestro funcionamiento social. No es prudente pasar por alto una característica que, para ellos, es fundamental. Máxime cuando se han de enfrentar a un contexto nuevo y, en gran medida hostil, lo que dificulta seriamente las capacidades del propio individuo, así como su mundo de relaciones.

En este sentido, abordar la realidad del emigrante, a partir de sus valores, supone mirar hacia dos orillas, no descuidando lo que esto implica.

## 1. LA EXPERIENCIA DE UN PUEBLO

No cabe duda que todas las culturas tienen sus modelos de comportamiento y sus lugares de referencia social, aquellos que les han dado una identidad y manera de ser particular. Aquellos que han permitido que crezcan y se desarrollen de una manera determinada. Al mismo tiempo, la propia experiencia del hombre, en sus momentos fundantes, en la costumbre concreta de un pueblo y la expresión de la fe en el mismo, es normal que pase por etapas difíciles donde el sufrimiento se hace un espinoso y constante compañero de camino.

Si tomamos como modelo, en la cultura occidental, la experiencia del pueblo elegido en el libro del Éxodo, ese magnífico relato de la lucha y fuerza de voluntad de un pueblo, vemos que las cosas no son fáciles. Que el sufrimiento se convierte en una constante, aun cuando se comienza con mucha ilusión y empeño. No es tampoco necesario adornar los pasos que hemos de dar de acontecimientos sobrenaturales, capaces de llenarnos de fuerza y voluntad para seguir caminando, ver que Dios está de nuestra parte<sup>1</sup>.

Pero, en este sentido, tanto en el relato bíblico como en las experiencias de nuestro presente, contamos con la evidencia de que ese paso singular, —el salir de nuestra tierra— obedece a una circunstancia previa: el no poder hacer frente a todo lo necesario para vivir, para crecer, aunque sea en los niveles más limitados de dignidad. El pueblo de Israel se pone en camino porque la opresión no les permite soportar más dicha situación. De igual manera, el ingente volumen de migrantes de nuestro presente se ponen en camino ante la experiencia de vivir en un contexto donde ni siquiera hay espacio ya para la esperanza. Considero que este detalle no puede ser nunca olvidado, puesto que nos podría llevar a una gran indiferencia ante una de las realidades más acuciantes de nuestro presente, de tal manera que el emigrante también es persona.

El abordar de esta manera la situación puede permitir que no veamos al que llega de manera hostil, como un simple competidor en una carrera de obstáculos para obtener un puesto de trabajo más beneficioso o lucrativo, sino que nos hará más conscientes ante la necesidad del migrante, hombre limitado de recursos y posibilidades que busca vivir y llenar su vida de esperanza.

El relato del Éxodo, que viene cargado de experiencia, también nos habla de qué es lo que lleva consigo el pueblo, o si queremos, el individuo. Materialmente, es muy poco lo que le acompaña, puesto que las circunstancias del desierto no lo permitían<sup>2</sup>. Por lo mismo, se vale simplemente de lo esencial para

<sup>1</sup> Para una lectura más orgánica del fenómeno migratorio, a la luz del Antiguo Testamento, cf. N. CALDUCH, "Lectura teológica del fenómeno migratorio en el Antiguo Testamento", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 205-223.

<sup>2</sup> En este sentido, es suficiente acercarse al relato, en el que el pueblo muestra ya su desconfianza ante Moisés y Aarón: "Toda la comunidad de los israelitas empezó a murmurar contra

sobrevivir. Pero, al mismo tiempo, va cargado de lo más propio, de aquello que lo caracteriza y lo hace diferente a los demás: sus experiencias, su vida, su ser, algo a lo que no puede renunciar y que no le puede ser robado. Los migrantes de nuestro presente se mueven casi en la misma experiencia. No pueden transportar casi nada personal consigo, puesto que no es posible en razón de las circunstancias tan precarias en las que tienen que viajar, al mismo tiempo, en un número significativo de ocasiones no pueden siquiera ir acompañados de su propia identidad... Pero, tanto en el caso de los emigrantes legales o ilegales, van acompañados de su propia personalidad y experiencia de la vida, del calor y cariño de los suyos, así como de la experiencia e ilusión en lograr una vida mejor.

Viven también, igual que el pueblo elegido, la experiencia propia de Moisés, guiando a su pueblo y quedándose a las puertas de la tierra prometida, sin poder pisar la tierra. Sin que sus ilusiones más profundas se vieran cumplidas. ¿No es éste otro de los elementos que olvidamos con excesiva frecuencia cuando nos acercamos al problema de la migración? La misma experiencia del Éxodo nos puede ayudar a llenar dicha experiencia de rostros concretos, con nombres y apellidos que son capaces de renunciar a lo poco que tienen por lograr una vida mejor para los suyos. En este sentido, la experiencia particular de Moisés, es la de aquel que no piensa sólo en su propia existencia sino que es capaz de ver y vivir la vida con una perspectiva mucho mayor, capaz de implicar a los que no cuentan, para que también puedan tener un lugar en la historia. De la misma manera, la experiencia de la migración en nuestro presente es la de aquellos que caminan también por dar una vida más justa a los suyos, con el personal y necesario sacrificio. Por lo mismo, ver al inmigrante, supone verlo en su conjunto, en su antes y después, contemplando también a los que le rodean.

En este sentido, tampoco podemos olvidar que, la misma experiencia del pueblo, tiene unas fuertes connotaciones políticas. El pueblo de Israel se revela contra sus opresores, los egipcios. Es indudable que las intuiciones y aplicaciones aquí pueden ser muy numerosas, no sólo en relación con la experiencia concreta de los israelitas, si no también de cara a los inmigrantes de nuestro presente<sup>3</sup>. Entre ellos, un número significativo, también, ha de abandonar su tierra por connotaciones políticas de fuerte magnitud, lo que hace la experiencia

Moisés y Aarón en el desierto. «¡Ojalá hubiéramos muerto a manos de Yahveh en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos! Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea» (Ex 16,2-3).

<sup>3</sup> Sobre la realidad actual en ese proceso de migración globalizada y el conflicto político, cf. P. RIVAS NIETO, "Hombres y naciones en marcha. Reflexiones sobre la emigración, la globalización y el orden democrático", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y Universidad. Acogida del inmigrante desde el ámbito universitario español*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 75-93; Id., "La nueva política y la identidad colectiva en la gestación de los conflictos. Algunas claves para entender el fenómeno migratorio a principios del siglo XXI", M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), en *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 267-281.

todavía mucho más dura, puesto que no es posible –al menos a corto plazo– retornar a la propia tierra.

Al mismo tiempo, el emigrante para lograr las expectativas de otro tipo de vida, tampoco se plantea qué le será más útil para el camino, qué es aquello de lo que puede llevar que le resultará más útil. Es consciente de que su propia experiencia le será de utilidad. La misma experiencia de un pueblo organizado en algunas estructuras sociales, aunque rudimentarias, como es la experiencia del pueblo que camina por el desierto, debiera ayudar a lograr que las cosas resultaran más fáciles... volveremos sobre ello cuando abordemos el aporte de los valores. Pero no cabe duda que, para el emigrante, su experiencia organizativa, la vida familiar, la integración comunitaria, así como la experiencia comunitaria en pequeñas comunidades, donde lo religioso sirve de amalgama de la vida social. Este detalle no puede ser olvidado, so pena de pagar un alto precio, también en las sociedades de recepción.

También como en el caso del pueblo elegido, ya sea por parte de los que se ponen en camino, al igual que aquellos que les reciben, es posible volver la vista atrás, conformándose con una situación precaria y sin futuro, pero también en esta ocasión el ejemplo del pueblo elegido nos sirve de modelo. Nos ofrece el modelo que quizás hoy menos se valore desde nuestras sociedades desarrolladas y tecnificadas, pero que para otras sociedades sigue siendo un elemento de cohesión importante: la fe. El creer que otra manera de vida es posible.

No se trata simplemente de un lenguaje religioso, sino que es una experiencia profunda, que acompaña al migrante, entre esos enseres que le acompañan y de las que no puede ni debe desprenderse. En este sentido, la fe puede iluminar ese difícil camino que está por recorrer y por construir. Es la experiencia más profunda y auténtica del Éxodo. No importa cómo esté narrada o con qué elementos ha sido adornada; lo más importante es que el pueblo tiene fe en que su vida puede ser de otra manera, que pueden vivir como hombres libres, como sujetos de derechos y deberes y, por lo mismo, con la posibilidad de una vida digna, en la que queden cubiertas sus necesidades fundamentales. La fe, por lo mismo se convierte en seguridad, en una fuerza capaz de cambiar la realidad, haciéndola más habitable.

Entendido de esta manera, parece que la fe también tiene algo que decir a nuestro mundo, ante esos ingentes movimientos de población de unas zonas más deprimidas hacia otras con mayores posibilidades u oportunidades. Las religiones, por tanto, han de acompañar dicha trayectoria, al tiempo que han de cuestionar a una sociedad que, con demasiada frecuencia, olvida que estamos hablando de personas y no simplemente de un número de tarjeta de emigrante que, en cumpliendo una serie de requisitos se le abren las puertas para que pueda trabajar y proyectar un futuro en la nueva realidad que le tocará vivir.

## 2. LA FE Y LOS VALORES

En este sentido, parece necesario comenzar mostrando, de manera genérica, que la fe aporta valores a la sociedad con la que cohabita y, si no fuera de esta manera, el servicio que presta a la misma sería muy limitado y no respondería a su propia esencia. Es más, tendría la obligación de hacer superar ese tipo de situaciones que no ayudan a un verdadero crecimiento y desarrollo.

Para el emigrante, igual que para el pueblo elegido, la fe ayuda a asumir las dificultades y los límites que tiene delante. La fe, elemento que forma parte intrínseca de su propia cultura, le ayuda a tener confianza en sí mismo, puesto que hay alguien o algo más grande que él que acompaña sus pasos, al tiempo que cuida de los suyos. De esta manera, una situación de gran precariedad se convierte en algo que puede ser afrontado, en una asunción épica de los riesgos.

Creemos que esta experiencia es propia de cualquier religión, al margen de las creencias que la acompañen, donde una serie de valores los podemos encontrar en la gran mayoría de ellas. Por lo mismo, ante el mundo tan dividido en el que vivimos, donde las diferencias religiosas comienzan a ser una clara dificultad para la convivencia, más que una experiencia de respeto mutuo, parece necesario comenzar por mostrar esos valores comunes, antes que dar al paso a otro tipo de características más particulares de una u otra religión concreta.

### 2.1. *El pluralismo religioso*

En ese sentido, es precisamente el pluralismo religioso uno de los elementos que primero han de ser tenidos en cuenta. No parece posible que nos podamos conocer a nosotros mismos, ni a nuestra religión, si realmente no conocemos la de los demás. No se trata de convertirlo todo en un sincretismo religioso, sino al contrario, saber valorar también las experiencias de los otros, de tal manera que podamos descubrir las nuestras, como propias y en toda su profundidad. En este sentido, el pluralismo religioso se convierte en una llamada a descubrir y valorar la propia identidad. Quizás podríamos decir más. La primera llamada de atención que ofrece el pluralismo religioso no va dirigida hacia los emigrantes, sino hacia la cultura socio-religiosa de un determinado lugar, en el que los habitantes de toda la vida, cada vez es más frecuente que desconozcan esa experiencia y, por lo mismo, la minusvaloren o la consideren como un residuo del pasado o fruto de una cultura decadente<sup>4</sup>, por lo que ni siquiera son capaces de encontrar ámbitos para un posible diálogo.

<sup>4</sup> Cf. P. POUPARD, "De la tolerancia al respeto mutuo: para un nuevo humanismo pleno", en *Id.*, *Culturas y fe. Iglesia y diversidad cultural*, Edicep, Valencia 2004, 215-230.

Por lo mismo, supone una llamada de atención a conocer la cultura de la sociedad en la que nos hemos educado, de tal manera que nos permita ver cómo, con el paso del tiempo, ha ido incidiendo en la construcción de la sociedad y en su misma organización. Se trata, por tanto, de lo contrario a lo que solemos hacer diariamente, presentar una lectura en positivo y no sesgada de cómo se ha ido configurando una determinada sociedad, a partir de la incidencia religiosa en la misma. Mirar la historia con unos ojos atentos al momento concreto, evitando sacar las cosas de contexto y, así valorarlas en su justa medida. Es una manera diferente de enfrentarse a la diversidad.

Estamos afirmando que no estamos de acuerdo con aquellos que consideran que la diversidad y el multiculturalismo es una prueba más de que todas las religiones son iguales y persiguen idénticos intereses; pero tampoco creemos que tengan la verdad aquellos que rechazan todo posible diálogo. En este sentido, nuestra crítica se dirige especialmente hacia aquellos grupos o intelectuales que consideran que toda religión vale lo mismo y, en definitiva, que no hay diferencia entre unas y otras. De tal suerte que, aspectos colaterales de las mismas, acaban ocupando el centro de la reflexión. Véase, por ejemplo, la atención hacia el Jesús histórico, que muchas veces termina siendo una visión personal de cada uno. La religión, en su misma esencia, es algo más que hacer el bien al margen de la concreción histórica de esa bondad. Es una experiencia para ser compartida y comunicada, no impuesta.

Quizás aquí nos sirva también la experiencia del pueblo de Israel, que vive su fe en Egipto, aunque tenga que sufrir por ello innumerables pruebas e incomprendiones. Recordemos las palabras con las que se dirige Moisés a Yahveh:

“Volvióse entonces Moisés a Yahveh y dijo: ‘Señor, ¿porqué maltratas a este pueblo?, ¿por qué me has enviado?’ Pues desde que fui a Faraón para hablarle en tu nombre está maltratando a este pueblo, y tú no haces nada para librarle” (Ex 5,22-23).

Señalado este primer detalle, nos parece conveniente comentar, aunque sea brevemente, los valores que nosotros consideramos como fundamentales para la construcción de una sociedad donde hemos de convivir gentes de muy diversas procedencias, costumbres y culturas.

## **2.2. La ley natural**

Esas diferencias son las que nos llevan a presentar un primer elemento, que podría resultar paradójico, pero que nosotros consideramos de crucial importancia: la ley natural. Precisamente, en ese afán de señalar lo común, nos encontramos que las religiones tienen maneras muy diversas de interpretar lo

que es bueno o malo, de organizarlo en códigos éticos y morales, de los que tendremos una consideración también en razón de nuestra propia cultura. Por lo mismo, parece claro que hemos de cambiar el prisma e intentar encontrar una fuente común.

Creemos que esta se encuentra en la ley natural, aquella que, como el ave fénix, siendo constantemente rechazada y atacada, desde muy diversos campos científicos, finalmente renace de sus propias cenizas, presentándose como una búsqueda de equilibrio y de valor que pueda ser aceptada por personas que creen y viven de maneras muy diferentes en una misma sociedad. La ley natural, en este sentido, supone el no poder ir contra el propio hombre, contra su propio mundo, contra aquello que nos pertenece a todos y de lo que todos hemos de ser responsables... No nos importa el nombre que le demos, puesto que somos conscientes que éste puede ser rechazado por un sector de la sociedad, nos valdría cualquiera capaz de presentar una visión suficientemente amplia; ¿podríamos hablar mejor de un código ético común? No es el problema siempre que seamos capaces de conjugarlo con las propias creencias, entendiendo que ambos elementos son necesarios para nuestro crecimiento común. Es por lo mismo, un convencimiento de que el auténtico y profundo sentido ético y moral que acompaña a una determinada cultura, no es simplemente algo individual, sino que tiene una fuerte resonancia y perspectiva comunitaria. Así lo entiende también el profesor Flecha Andrés que, precisamente, hablando del problema migratorio y lo religioso afirma: "Nuestra sociedad plural y pluralista reconoce de buena gana los derechos de los grupos minoritarios. Pero toda comunidad necesita reivindicar unos determinados parámetros éticos y sociales que evidencien su fisonomía cultural, que hagan posible la convivencia y articulen y fortalezcan su cohesión política"<sup>5</sup>.

No cabe duda que, también en el libro del Éxodo tenemos una presentación clara de esta ley natural. Aquella que el pueblo de Israel creía que debía seguir y respetar, y que, progresivamente se irá concretando también en otro tipo de normas precisas, que hacían referencia no sólo a los israelitas, si no también a cómo estos debían relacionarse con el resto de los hombres o, si queremos de manera más concreta, con los egipcios. De esta manera, y leídos en su contexto, los capítulos 20 al 24 del libro del Éxodo se convierten en un ejemplo más de una vida que respeta unas claves fundamentales y anteriores a los intereses del propio clan y grupo, que permiten además una relación con los hombres y las cosas, entendiendo además la realidad finita de todo ser humano.

<sup>5</sup> J.R. FLECHA ANDRÉS, "Encuentro interreligioso y defensa de la vida", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 166. Más adelante afirmará: "La sociedad secular pretende a veces acallar esas voces y esos sentimientos. Pero no va a ser fácil prescindir totalmente de las referencias religiosas. Por tanto, será preciso imaginar foros y condiciones para un diálogo interreligioso sobre las cuestiones relativas a la ética de la vida humana". *Ibid.*, 179.

Afirmar esto, y comprenderlo en toda su amplitud, supone también el que una serie de leyes concretas no están pensadas de manera negativa, aunque así sean formuladas. Esto es simplemente un sistema pedagógico, que intenta que su comprensión sea asequible para una sociedad concreta. Lo importante de dichas leyes, por tanto, es el hombre que se encuentra como referente e interlocutor directo de las mismas, a las que se debe responder personalmente.

También la experiencia concreta, nos puede servir de iluminación, por lo que tomamos unos versículos que nos parecen elocuentes:

“No levantes falso, ni ayudes al malvado dando testimonio injusto. No sigas a la mayoría para hacer el mal; ni te inclines en un proceso por la mayoría en contra de la justicia. Tampoco favorecerás al pobre en su pleito.

Si encuentras el buey de tu enemigo o su asno extraviado, se lo llevarás. Si ves caído bajo la carga del asno del que te aborrece, no rehúses tu ayuda. Acude a ayudarlo.

No tuerzas el derecho de tu pobre en su pleito. Aléjate de causas mentirosas, no quites la vida al inocente y justo; y no absueles al malvado. No recibas regalos; porque el regalo ciega a los perspicaces y pervierte las causas justas.

No oprimas al forastero; ya sabéis lo que es ser forastero, porque forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto” (Ex 23,1-9).

Estoy convencido que, esta manera de presentar la cuestión, parte de una visión positiva del propio hombre, que será capaz de superar sus límites, en la medida que confíe también en los demás seres humanos. Esfuerzo que será más fácil cuando éste vaya acompañado de la fe. Supone, desde esta concepción, una manera de comprender al hombre, lo que siempre es una necesidad.

### **2.3. *El compromiso solidario***

Sin lugar a dudas, quizás el valor más visible, por ser también el que responde con mayor claridad a una necesidad primaria del ser humano, es la solidaridad. Si entendemos que dicho valor ha de estar presente en todo hombre, también nos parece que, desde el ámbito religioso es más fácil fortalecerlo o hacerlo visible. En primer lugar, hacia aquellos que creen lo mismo que nosotros creemos. En este sentido, no cabe duda que considerar al otro como hermano no resultará muy complicado. Sólo será necesario superar unas barreras elementales que, a partir de cierta formación cultural podríamos considerar que está asegurada. Hacia los otros, el que no tiene las mismas creencias, desde una actitud abierta, tampoco resultará muy difícil aceptarle y valorarle en integridad<sup>6</sup>.

<sup>6</sup> Ya habíamos señalado anteriormente, algunas cuestiones a este respecto, cf. M.A. PENA GONZÁLEZ, “Diálogo o choque de civilizaciones”, en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y Universidad. Acogida del inmigrante desde el ámbito universitario español*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 125-141.



Podríamos presentarlo a partir de un pasaje bíblico (Gen 18,1-8), donde la actitud de Abraham es precisamente un modelo de acogida y compromiso solidario: sale a su encuentro, se inclina como signo de respeto, les ofrece agua para lavarse los pies, les prepara un lugar a la sombra donde descansar, al tiempo que les da comida para reponer sus fuerzas... así, con esa ayuda, están preparados para seguir su camino. Presento este ejemplo, puesto que no a todos se nos pide unas acciones singulares, de corte heroico, pero sí un comportamiento donde el compromiso hacia el necesitado, desde nuestra cotidianeidad sea capaz de ofrecer un lugar donde descansar. Lugar que, lógicamente, no tiene porqué ser algo físico, sino que puede ser más una experiencia, una actitud de vida.

Ese compromiso, que ha de ser por el hombre, supone un evidente descentramiento de lo que, desde otro contexto sería la actitud más normal y cotidiana, pero no, desde una clave de fe, donde el valor del otro ha de ocupar también un lugar preponderante. Al mismo tiempo, entender la relación desde un compromiso solidario, supone que no somos nosotros los únicos que podemos aportar algo, sino que la tabla de medida es otra muy distinta, donde es necesaria la colaboración del mayor número de gente posible. Donde cada uno aporta algo y, lo que es más sorprendente, algo diverso. No todos tenemos que hacer las mismas cosas, ni vivir de la misma manera, pero sí tener la capacidad para contemplar al otro. Quizás, en un mundo como el nuestro, la capacidad de pararse para contemplar, cada día es algo más complicado e imposible, aunque sólo sea por la velocidad a la que transcurren las cosas en nuestras vidas, pero no cabe duda que el ser capaces de contemplar al otro, supone concederle la importancia que tiene en sí. En este sentido esa solidaridad se construye como movimiento, como forma de estar y de ser.

Si hacer esto desde marcos de compromiso social es posible y cada vez más frecuente, lo que podemos ver tan sólo con volver la mirada hacia la ingente colaboración que aportan las ONGs como ámbitos de desarrollo y crecimiento social, la respuesta ha de tener otra urdimbre desde el mismo momento en que a esa realidad, necesitada de una respuesta solidaria, le añadimos la fe, que nos debe llevar a afrontar dicho compromiso desde un concepto mucho más profundo, en la que se deberá hacer presente que estamos ante una opción, algo que hace posible esa diversa manera de medir a la que antes hemos hecho referencia.

Nótese, en este sentido, que una verdadera conciencia solidaria, educada como tal desde los cauces de lo religioso, supone una opción abierta ante la necesidad, sin cuestionar nunca al diferente, ni siquiera en razón de pensar de diversa manera. Soy consciente que, esta manera de entender la solidaridad, no es común a todas las religiones, considerando alguna que, este tipo de actitud es una muestra de clara debilidad. Por el contrario, en una visión profunda,

teniendo en cuenta el valor que hemos propuesto anteriormente de la aceptación de un código ético común, nos lleva a presentar una visión donde no puede faltar la utopía, como medio necesario para poder vivir en nuestro mundo.

#### **2.4. La apertura a la esperanza**

El emigrante, desde esa profunda experiencia de Éxodo, más allá de la vivencia religiosa que después manifiesta en su vida diaria, lleva consigo un ideal que ha logrado contra todo desaliento. Ha superado una prueba realmente difícil, que le convierte en portador de esperanza también para otros. No entendemos esa esperanza exclusivamente en un sentido religioso, si no en toda la unidad que es la vida de un hombre, llena de enormes dificultades e incomprendimientos que han de ser afrontadas con aliento y con empeño.

Esa esperanza se ha de convertir además, en estímulo para otros, viendo que la situación presente puede ser superada, que es posible hacer que las cosas sean de una manera diferente, aunque teniendo conciencia de que no será una tarea fácil. La apertura a la esperanza, asumida desde un contexto religioso, supone apertura a la universalidad<sup>7</sup>. No es algo fácil, de eso podemos estar seguros, pero sí posible. El inmigrante será el que más en contacto esté con otro tipo de creencias, puesto que su vida, como principio se encontrará siempre en la frontera. Un límite que se refiere a lo geográfico, a lo urbano, a lo cultural... siempre estará en el espacio donde la confrontación frente al que es diferente es algo cotidiano. Por ello, una verdadera esperanza supone también un esfuerzo, tanto individual como comunitario, para poder confrontarse ante el nuevo entorno, donde la escucha y la formación, elementos en los que lo religioso puede jugar un papel de primer orden, no pueden ser olvidados ni descuidados.

En este sentido, se trata también de una esperanza que ha de suponer una lectura crítica del mundo en el que se asienta el migrante, puesto que la nueva realidad de la globalización, donde los elementos culturales corren el riesgo de ser difuminados u homologados en un patrón válido para todos, no ayuda al crecimiento personal y al afianzamiento y consolidación de esa urdimbre personal, de la que el individuo no puede ni debe separarse<sup>8</sup>. Es, por tanto, también –y

<sup>7</sup> Cf. J.L. SEGOVIA BERNABÉ, "El hombre, ser emigrante", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y Universidad. Acogida del inmigrante desde el ámbito universitario español*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 109-123.

<sup>8</sup> Sobre la globalización, afirmaba el Cardenal Poupard: "La globalización de la cultura, pese a sus aspectos positivos, suscita un verdadero empobrecimiento, ya que amenaza la identidad propia de las culturas, en beneficio de una homogeneización que separa al hombre de sus raíces culturales y de un antropocentrismo que lo priva de su vínculo vital con Cristo, centro del cosmos y de la historia. Por el contrario, el encuentro de las culturas con Jesucristo vivo en la Iglesia les hace recorrer el camino que desde Navidad conduce a través del misterio pascual de la pasión, muerte y resurrección, al milagro de Pentecostés. El Espíritu Santo hace estallar la finitud de las culturas y las

aquí sí, en relación con lo explícitamente religioso— una llamada concreta a no difuminar la propia vivencia religiosa y la expresión de la misma. Es el reto de crecer en la propia fe, de afianzarla.

No cabe duda que es una experiencia que puede ayudar a los dos contextos culturales que se encuentran. Un inmigrante que muestre su fe en el espacio geográfico al que se ha desplazado en una búsqueda de una vida diferente, supone un cuestionamiento para una vida acomodada y anodina como la que muchas veces llevamos. En razón de su esfuerzo, de su tesón, de su lucha apasionada y creyente. Es una llamada para todos a vivir desde otra escala de valores, primando elementos que, por estar presentes en el día a día, no los consideramos en la importancia que realmente tienen. Por otra parte, el inmigrante puede sentirse satisfecho, puesto que su esfuerzo es útil no sólo para superar una situación de carestía perentoria, sino que es un aliento también para otros que, desde el punto de vista material tienen mucho más que él.

Por tanto, el inmigrante es portador de esperanza para su propia existencia, así como para el lugar donde es recibido. Presenta como ofrenda su ser entregado que, a su vez, es transmisora de vida para muchos otros. Se convierte en paradigma de socialización.

Desde el aspecto religioso propiamente dicho, es la lucha también por acercar realidades que, un mundo más desarrollado se niega a aceptar. Es la constante lucha entre piedad popular y religiosidad popular. No cabe duda que, el inmigrante acompaña su vida de ritos y tradiciones, igual que lo hacemos todos los seres humanos. Pero los suyos responden a una cultura, en muchos momentos distantes, pero no por ello menos rica o importante, ni siquiera —como muchas veces viene considerada— más arcaica. Esos elementos simbólicos, que se materializan en un tipo de prácticas concretas son las que posibilitan ese entronque social, que se comunica mejor por medio de un lenguaje y una expresión religiosa. Se trata, por tanto, de un valor también para aquellos países receptores, puesto que han de hacer el esfuerzo de conocer dichas prácticas y, en la medida de lo posible, acompañarlas y abonarlas. Es también una muestra de esperanza para el que llega, el no tener que abandonar todo lo que le es propio.

De esta manera, la inmigración, se convierte en un sólido y firme apoyo para una verdadera apertura a la esperanza de los diversos pueblos que se encuentran. Si seguimos recordando la experiencia del Éxodo del pueblo elegido, no olvidemos que la pérdida de esperanza, en algún momento había supuesto la duda de volver atrás y, algo que pasa más desapercibido, en convertir una vida nómada y, por tanto, algo temporal, en definitivo para el pueblo. Sería

abre a todas ellas a la plenitud del Amor infinito revelado en Jesucristo". P. POUPARD, "El anuncio de Jesucristo en el contexto cultural americano", en Id., *Culturas y fe. Iglesia y diversidad cultural*, Edicep, Valencia 2004, 194-195.

necesario, también hoy, ver cuál es la manifestación de la presencia de Dios, que no guía exclusivamente al emigrante, sino a toda una sociedad que se encuentra en camino, aunque en muchos momentos no sea muy consciente de ello.

Una última apreciación sobre este tema. El contraste no es sólo cultural o religioso, sino que hay un elemento que consideramos de suma importancia. Nos estamos refiriendo a la procedencia de aquellos que llegan. En su gran mayoría, provienen de contextos rurales muy precarios, por lo que el salto a una sociedad urbana, sumamente tecnificada, todavía resulta más complicado. Quizás no sea muy fácil ver las consecuencias de este cambio, pero no cabe duda que es preciso estar atentos, para que la esperanza esté fundado en lo auténtico, en lo profundo, y no se desvirtúe en otras cuestiones que son secundarias pero que, deslumbran y, por lo mismo, pareciera que son las fundamentales.

### 3. INTEGRACIÓN

Con lo afirmado hasta ahora, damos un paso adelante. Se trata de la búsqueda de la necesaria integración. Estamos convencidos que la propia fe, en muchos casos, puede ser un camino apropiado para que ésta se haga realidad. Incluso nos atreveríamos a decir que dicha integración comienza por lo religioso, por nuestras propias creencias. El inmigrante que llega a una nueva realidad cultural, encontrará más conexiones desde lo religioso que, desde otros aspectos culturales. En este sentido, por ejemplo, la experiencia de las grandes religiones que viven y expresan su fe de una determinada manera en lugares muy diversos es una prueba de ello<sup>9</sup>.

Aunque muchas veces no seamos conscientes, en el entorno católico, gran número de estructuras e instituciones están entregadas a facilitar la integración de aquellos que llegan al viejo continente. Es una apuesta en la que se está contemplado, a un mismo tiempo, el aspecto religioso, social, comunitario e incluso político en la nueva sociedad. Pero aquí no podemos ser ingenuos, es necesario que esta integración, también desde dichas estructuras, intente volcarse en una tarea mucho más ardua, que es la de la formación<sup>10</sup>. Un hombre sensible, con dificultades, en muchos momentos distante de los suyos necesita sentirse arropado, por lo que no valdrá simplemente con desarrollar unos

<sup>9</sup> Acerca de la base ideológica y terminológica, cf. J.L. SEGOVIA BERNABÉ, "¿«Alianza» o «choque de civilizaciones»? Algunos aspectos olvidados del debate", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2006, 283-302.

<sup>10</sup> Cf. Y. ONGHEMA, "Dinámicas interculturales y construcción identitaria", en M. NASH – R. TELLO – N. BENACH (eds.), *Inmigración, género y espacios urbanos. Los retos de la diversidad*, Edicions Bellaterra, Barcelona 2005, 57.

magníficos servicios de asistencia social, sino que es necesario dar el paso al anuncio explícito de esa fe.

Ayudar a que se profundice y afiance desde la experiencia vivida. Convertirla en un medio peculiar para poderse integrar en la nueva sociedad y esto, como hemos indicado antes, sin perder la propia identidad. La reflexión consideramos que es necesaria, puesto que se comienza a ver en diversos lugares, cómo diversas iglesias abren sus puertas cuidando más los espacios de acogida afectiva, conscientes que así es más fácil acompañarles. Por tanto, las instituciones católicas han de ser más conscientes de su dirección, sin miedo a ser tachadas de instrumentalismo. No se puede olvidar que la caridad cristiana tiene un marco de comportamiento, en el que no se puede dejar de lado el mensaje que motiva y promueve un tipo de práctica y acción concreta<sup>11</sup>.

En este sentido, por ejemplo, si volvemos la mirada hacia el continente americano, podemos constatar cómo, en las últimas décadas, algunas iglesias cristianas han aceptado la sensibilidad mariana como medio de atracción. Esta realidad la podemos constatar en Estados Unidos con la iglesia metodista o, en toda Hispanoamérica, con pequeñas iglesias evangélicas, que ven así cómo aumenta su número de adeptos. No afirmamos este tipo de prácticas con una intención numérica ni proselitista, sino para que seamos más conscientes del riesgo de perder la propia identidad y no atender a un servicio integral a todo el hombre, donde lo religioso no puede ser interpretado como colateral o anecdótico.

Por otra parte, este tipo de realidad concreta, viene acompañada por esa adecuada atención y acogida que facilita la integración. No se trata simplemente de que se acomoden un tipo de elementos, que faciliten el acercamiento de nuevos adeptos, sino también, ese cuidado atento al individuo. Para los católicos en el contexto occidental, un reto cada vez más fuerte es ser capaces de acoger, superar nuestra propia frialdad en la que nos solemos escudar para no sentirnos cuestionados o vernos obligados a confrontar nuestras prácticas con los que llegan. Es necesario, por tanto, como ya hemos insinuado, hacer espacio en nuestra multisecular tradición creyente, hacer espacio para sus santos y fiestas, para sus signos y sus símbolos. Algo que, lógicamente, supone un descentramiento y una disposición particular.

<sup>11</sup> Así lo atestiguaba De Francisco Vega: "Sin embargo, es preciso no quedarse en una filantropía. Ha de proponerse, en tiempo y forma conveniente, el mensaje del evangelio, sin ningún tipo de imposición sino solamente como oferta siempre válida y en respeto a la libertad religiosa de cada persona. El acto de fe es libre, porque el hombre es invitado a recibir y confesar por propia voluntad la fe, y «aunque en la vida del Pueblo de Dios, que peregrina a través de las vicisitudes de la historia humana, ha existido, algunas veces, un comportamiento menos conforme con el espíritu evangélico en incluso contrario a él, siempre se mantuvo la doctrina de la Iglesia de que nadie debe ser obligado a la fe». C. DE FRANCISCO VEGA, "El diálogo interconfesional y las migraciones", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 155.

De esta manera, la formación, como medio oportuno de cara a la integración, no es sólo una exigencia de los inmigrantes, sino que se convierte en una obligación u oportunidad para toda la sociedad que convive en un lugar concreto. Es el paso a la construcción de una nueva sociedad, que ha de encontrar su lugar de una manera nueva, con unos métodos y unas formas también nuevas. La integración, presentada y vivida de esta manera, es encuentro. Algo que se hace más necesario en un mundo sumamente acelerado como el nuestro. No es posible que el hombre de nuestro presente sólo se preocupe de hacer cosas o de construir cosas. De una manera u o de otra, la pregunta por el sentido de la vida estará presente y es preciso responder a ella con radicalidad y autenticidad. Asumiendo los propios límites, lo que supone estar dispuestos a superarlos. Quizás ésta sea la batalla en la que tenemos que implicarnos. El superar la cerrazón religiosa de dividir entre buenos y malos, entre correcto e inadecuado, convirtiéndose esa división como una posibilidad para un diálogo integrador, donde los dogmatismos cerrados no son más que una cortapisa para el encuentro y el crecimiento<sup>12</sup>.

Esa integración supone también ruptura de algunos esquemas que nosotros mismos nos hemos ido construyendo o nos ha impuesto la misma sociedad de mercado. Tenemos la prueba, por ejemplo, en relación con la configuración de la familia en los últimos años en nuestro entorno europeo y el de aquellos que llegan de otros lugares<sup>13</sup>. El choque, tarde o temprano, tiene que aparecer, puesto que las mismas infraestructuras, empezando por las viviendas, están pensadas para reducidos núcleos familiares...

En este sentido, y ya antes lo hemos insinuado, la integración no supone la aceptación de todo y a cualquier precio, sino la necesaria adecuación con una sociedad. Por ello, nos cuestionamos si no sería conveniente que la inmigración fuera planteada también desde los distintos contextos culturales, de tal suerte que la integración pudiera ser más fácil. No creemos que se trate de seleccionar a los emigrantes en razón de un pasaporte o una lengua..., pero es necesario abrir un diálogo y reflexión atenta acerca de este tema.

En mi modesto parecer, la reflexión debería comenzar de cara al mundo musulmán que, mientras es un grupo minoritario, no suele tener muchos problemas de convivencia, pero en la medida en que se va haciendo más numeroso y,

<sup>12</sup> Acerca de la visión de la Iglesia católica sobre el fenómeno migratorio, cf. A. NEGRINI, "La Santa Sede y el fenómeno de la movilidad humana", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 187-203.

<sup>13</sup> Acerca del aspecto familiar, como alternativa, cf. M.A. PENA GONZÁLEZ, "La familia: alternativa veraz", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2006, 191-208. En relación concreta con el tema de la vivienda: J. RAMOS DOMINGO, "Ciudad, emigración, vivienda", en *Ibid.*, 257-265.

por lo mismo, más fuerte, el choque social se convierte en más patente. Tampoco se trata de rechazar todo tipo de prácticas o de costumbres, pero no cabe duda que algunas no pueden ser aceptadas, puesto que supone la renuncia de unos valores sociales logrados y reconocidos durante largo tiempo. Intentemos iluminar lo que estamos diciendo a partir de algunos ejemplos. En este sentido queremos señalar que no se trata de atacar a ningún tipo de creencias, ni siquiera de prácticas, ni tampoco valerse de los eternos tópicos sociales, sino de intentar abrir un diálogo de cara a una integración social, que no resulte violenta o agresiva, puesto que los principios fundamentales han quedado ya asentados.

*El tema de la mujer.* Lo entendemos fundamentalmente en dos sentidos: como sujeto de derechos y deberes que, desde su propia identidad, no puede ser propuesto como un ser inferior al hombre y por lo mismo encargarse ella exclusivamente de una serie de tareas o de comportamientos sociales; en segundo lugar, la concreción de esa identidad en la organización socio-familiar, que se materializa en un contrato de matrimonio, donde desde nuestra mentalidad no es posible la bigamia, puesto que esa misma práctica está generando diferencias y dificultades de convivencia.

*El rechazo del que no cree de igual manera.* Quizás este detalle resulte mucho más difícil de precisar, pero también, por lo mismo, es un elemento que consideramos de crucial importancia. Llama la atención cómo, en lugares donde la situación económica es precaria, cuando las instituciones católicas ayudan a toda la sociedad, intentando subsanar primero de todo la hambruna, los musulmanes llegan a reconocer que eso lo hacen por debilidad de sus creyentes y de las mismas creencias que profesan. Este tipo de actitudes, no cabe duda que, lejos de facilitar un diálogo se convierten en una brecha mayor, que imposibilita la integración<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> En este sentido, fue sumamente elocuente la intervención de Giuseppe Germano Bernardini, OFM Cap, arzobispo de Izmir, en el Sínodo de Obispos, el 13 de octubre de 1999, aunque el texto es un poco largo su testimonio resulta sumamente elocuente. Nos parece todavía más significativo, puesto que es anterior a la división y fragmentación más radical, que tiene como fecha identificadora el 11 de septiembre de 2001:

“Desde hace cuarenta y dos años vivo en Turquía, país musulmán en un 99,9% y soy arzobispo de Izmir –Asia Menor– desde hace dieciséis años. El argumento de mi intervención es, por lo tanto, deducido. Agradezco a Monseñor Pelâtre y a quien ya habló sobre el tema en esta prestigiosa reunión, dispensándome así de largos exámenes y de las relativas interpretaciones. Mi intervención tiene por objetivo, principalmente, dirigir al Santo Padre una humilde petición. Para ser breve y claro, antes relataré tres casos que, dada su procedencia, considero que realmente han ocurrido.

1. Durante un encuentro oficial sobre el diálogo islámico-cristiano, un reconocido personaje musulmán, dirigiéndose a los participantes cristianos, dijo en un cierto momento con calma y seguridad: «Gracias a vuestras leyes democráticas os invadiremos; gracias a vuestras leyes religiosas os dominaremos».

Este relato debe creerse ya que el «dominio» ya ha comenzado con los petrodólares utilizados, no para crear trabajo en los países pobres del Norte de África o del Medio Oriente, sino para construir mezquitas y centros culturales en los países cristianos de inmigración islámica, incluida Roma, centro de la cristiandad. ¿Cómo no ver en todo esto un claro programa de expansión y reconquista?

Con todo, para que los pasos se puedan dar a un nivel adecuado y oportuno, es preciso un diálogo, donde no prevalezcan lecturas simplistas, siendo capaces de apreciar los valores del que cree de diferente manera. En este sentido, Antonio Peteiro, arzobispo emérito de Tánger afirmaba hace unos años, acerca de este tema: "Dicho diálogo también ofrecerá a los cristianos la oportunidad de presentar su propia fe con sus valores y sus límites, puesto que ninguno tiene el monopolio de la verdad único sino que ha de dejarse poseer por ella"<sup>15</sup>.

2. Durante otro encuentro islámico-cristiano, organizado como siempre por los cristianos, un participante cristiano preguntó públicamente a los musulmanes presentes porqué no organizaban, al menos una vez, también ellos encuentros similares de este género. El indefectible reconocido musulmán presente respondió textualmente: «¿Porqué deberíamos hacerlo? Vosotros no tenéis nada que enseñarnos y nosotros no tenemos nada que aprender».

¿Un diálogo entre sordos? Es un hecho que términos como «diálogo», «justicia», «reciprocidad» o conceptos tales como «derechos del hombre» y «democracia» tienen para los musulmanes un significado completamente diferente del que tienen para nosotros.

Creo que esto ya ha sido reconocido y admitido por todos.

3. En un monasterio católico de Jerusalén había –tal vez esté todavía– un empleado árabe musulmán. Era una persona gentil y honesta, muy estimada por los religiosos que, a su vez, él también estimaba. Un día, con semblante triste, les dijo: «Nuestros jefes se han reunido y han decidido que todos los 'infielos' deben ser asesinados, pero vosotros no debéis tener miedo, porque os mataré yo sin haceros sufrir».

Todos sabemos que debe distinguirse entre la minoría fanática y violenta de la mayoría tranquila y honesta, pero ésta, tiene una orden dada en nombre de Alá o del Corán, marchará siempre compacta y sin vacilaciones. Por lo demás, la historia nos enseña que las minorías decididas, siempre logran imponerse a las mayorías renunciantes y silenciosas.

Sería ingenuo subestimar, o peor aún, sonreír ante estos tres ejemplos que he dado; yo creo que se debería reflexionar seriamente sobre la enseñanza dramática que nos dejan.

No es pesimismo el mío, aunque así pudiera parecer. El cristiano no puede ser pesimista porque Cristo ha resucitado y está vivo; Él es Dios, a diferencia de todos los otros profetas o de quien pretende serlo. La victoria final será de Cristo, pero los tiempos de Dios pueden ser muy largos, y por lo general lo son. Él es paciente y espera la conversión de los pecadores: mientras tanto invita, sin embargo, a la Iglesia a organizarse y a trabajar para acelerar la venida de su Reino.

Ahora quisiera hacer al Santo Padre una propuesta seria: organizar cuanto antes, si no un Sínodo, al menos un Simposio de obispos y colaboradores en la Pastoral entre los inmigrantes, con especial atención a los islámicos, incluyendo también a los representantes de la iglesia reformada y a los ortodoxos. Su organización podría ser encomendada a la CCEE, que tiene en esta materia una larga y probada experiencia, en colaboración con la KEK.

El simposio debería servir para profundizar colegialmente el problema de los musulmanes en los países cristianos, y encontrar así una estrategia común para afrontarlo y resolverlo de manera cristiana y objetiva. Es indispensable estar de acuerdo en lo relativo a los principios, aunque luego su aplicación cambiará en función de los lugares y personas. ¡Nada es más perjudicial que el desacuerdo sobre los principios!

Termino con una exhortación que me ha sugerido la experiencia: no se conceda jamás a los musulmanes una iglesia católica para su culto, porque ante sus ojos ésta es la prueba más cierta de nuestra propia apostasía.

"Exc.mus D.nus Giuseppe Germano BERNARDINI, O.F.M. Cap., Archiepiscopus Smyrnensis (Izmir)", en *Synodus Episcoporum – Bollettino, Edizione plurilingue. Sala Stampa della Santa Sede*, 13.xi.1999, n. 18, 3-4. La traducción es nuestra.

<sup>15</sup> A. PETEIRO, "El diálogo con el Islam", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 305.



#### 4. EL RETO: LLEGAR A LA FRATERNIDAD

Concluimos esta reflexión personal, tal y como la hemos empezado, con un tono utópico y teórico, puesto que estamos convencidos que es la única manera de afrontarlo, puesto que la realidad que se nos impone puede hacer muy difícil otro tipo de posturas. En este sentido, desde una visión cristiana de la existencia, el reto consistirá en llegar a ese estado singular propuesto por el profeta Isaías:

“Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahveh, como cubren las aguas del mar” (Is 11,6-9).

Es la fraternidad universal, a la que las migraciones contribuyen también, puesto que van configurando un cuerpo social diverso al conocido hasta el presente. Una vez superadas las dificultades de encuentro e integración es posible pasar a la construcción de una sociedad, en la que todos tengan espacio y oportunidades, lo que lógicamente facilitará también la convivencia. Es, en definitiva, la experiencia creyente en la que se da una clara evolución desde las comunidades que habían ido surgiendo a las fraternidades, experiencia mucho más profunda y vinculante, precisamente por su carácter de apertura y universalidad<sup>16</sup>.

#### BIBLIOGRAFÍA

- CALDUCH, N., “Lectura teológica del fenómeno migratorio en el Antiguo Testamento”, en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2002, 205-223.
- CHECA OLMOS, F. - SORIANO, E. (eds.), *Inmigrantes entre nosotros. Trabajo cultura y educación intercultural*, Barcelona, Icaria-Antrazyt, 1999, 17-32.
- CHECA OLMOS, F. (coord.), *Convivencia entre culturas, el fenómeno migratorio en España*, Sevilla, Ediciones de Andalucía, 2000.
- CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La inmigración compromiso cristiano: La inmigración un reto a la vocación misionera de la parroquia: Un estatuto digno para el trabajador inmigrante*, Madrid, EDICE, 1999.

<sup>16</sup> A este respecto, cf. P. POUPARD, “Las religiones mundiales, por la paz y la justicia”, en Id., *Culturas y fe. Iglesia y diversidad cultural*, Edicep, Valencia 2004, 159-164.

- FLECHA ANDRÉS, J.R., "Encuentro interreligioso y defensa de la vida", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 160-179.
- FRANCISCO VEGA, C. de, "El diálogo interconfesional y las migraciones", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 155.
- IGARTUA, J.J. - MUÑOZ MURIEL, C. (eds.), *Medios de comunicación, inmigración y sociedad*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2007.
- MARTÍNEZ DIEZ, J.A., "Visión cristiana de la inmigración", en *Utopía y Sociedad*, 16 (2000).
- NEGRINI, A., "La Santa Sede y el fenómeno de la movilidad humana", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2002, 187-203.
- ONGHEMA, Y., "Dinámicas interculturales y construcción identitaria", en M. NASH – R. TELLO – N. BENACH (eds.), *Inmigración, género y espacios urbanos. Los retos de la diversidad*, Edicions Bellaterra, Barcelona 2005, 57-69.
- PENA GONZÁLEZ, M.A. – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2006.
- PENA GONZÁLEZ, M.A., "Diálogo o choque de civilizaciones", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y Universidad. Acogida del inmigrante desde el ámbito universitario español*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 125-141.
- Id., "La familia: alternativa veraz", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2006, 191-208.
- PETEIRO, A., "El diálogo con el Islam", en J. RAMOS DOMINGO (coord.), *Hacia una Europa multicultural. El reto de las migraciones*, Salamanca, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2002, 305.
- POUPARD, P., "De la tolerancia al respeto mutuo: para un nuevo humanismo pleno.", en Id., *Culturas y fe. Iglesia y diversidad cultural*, Valencia, Edicep, 2004, 215-230.
- Id., "El anuncio de Jesucristo en el contexto cultural americano", en Id., *Culturas y fe. Iglesia y diversidad cultural*, Edicep, Valencia 2004, 194-195.
- Id., "Las religiones mundiales, por la paz y la justicia", en Id., *Culturas y fe. Iglesia y diversidad cultural*, Edicep, Valencia 2004, 159-164.

- RIVAS NIETO, P., "Hombres y naciones en marcha. Reflexiones sobre la emigración, la globalización y el orden democrático", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y Universidad. Acogida del inmigrante desde el ámbito universitario español*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 75-93.
- Id., "La nueva política y la identidad colectiva en la gestación de los conflictos. Algunas claves para entender el fenómeno migratorio a principios del siglo XXI", M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), en *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 267-281.
- SEGOVIA BERNABÉ, J.L., "¿«Alianza» o «choque de civilizaciones»? Algunos aspectos olvidados del debate", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y estructuras sociales*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2006, 283-302.
- Id., "El hombre, ser emigrante", en M.A. PENA GONZÁLEZ – A. GALINDO GARCÍA (eds.), *Inmigración y Universidad. Acogida del inmigrante desde el ámbito universitario español*, Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, Salamanca 2005, 109-123.
- SYNODUS EPISCOPORUM – *Bollettino*, Edizione plurilingue. Sala Stampa della Santa Sede, 13.xi.1999, n. 18.

